

y que en todo caso merecen ser tratados con la extensión que lo he hecho, por su valor literario y humano” (p. 135).

PABLO LOMBÓ MULLIERT
El Colegio de México

IGNACIO ARELLANO y FERMÍN DEL PINO (eds.), *Lecturas y ediciones de crónicas de Indias. Una propuesta interdisciplinaria*. Iberoamericana, Madrid, 2004.

Este libro recoge las ponencias de un Congreso con el mismo título patrocinado por la Universidad de Navarra y el CSIC. La mayor parte de los capítulos son de carácter técnico y están dedicados a la edición y estudio de crónicas de Indias. En otros, se llevan a cabo estudios más generales que pueden interesar a un público más amplio. El resultado son treinta artículos de interés, temática, y enfoque extremadamente variados. Precisamente, la diversidad y el grado de especialización se encargan de transmitir al lector la viveza de un Congreso concebido más como una reunión de trabajo que como un ciclo de conferencias.

La recopilación se inicia con una mesa redonda sobre ediciones electrónicas y bibliotecas digitales compuesta por la edición de la crónica de Guaman Poma, la informatización del archivo de Jiménez de la Espada, el proyecto “Pliegos de cordel madrileños del siglo XIX” y la biblioteca virtual Cervantes. Los demás artículos están reunidos en cuatro grupos. El primero, “Estudios posibles de códices americanos”, lo forman dos capítulos sobre fray Martín de Murúa por R. Adorno e I. Boserup y otros dos sobre Bernal Díaz del Castillo por G. Serés y A. Delgado Gómez. El segundo, “Las crónicas de Indias y el referente real americano”, está constituido por los artículos de M. A. de Bunes, sobre lo americano y lo africano, K. Kohut, sobre las versiones de la muerte de Moctezuma, J. L. de Rojas, sobre la utilidad antropológica de Bernal Díaz y Alonso de Zorita, E. Hernández, sobre cuestiones lingüísticas a partir de fray Jerónimo de Mendieta, F. del Pino, sobre los términos no castellanos en José de Acosta, e I. Arellano, sobre el tratamiento del indio. Al tercero, “Panoramas y debates ecdóticos puntuales”, corresponden los trabajos de T. Barrera, sobre el motivo del naufragio; R. Morrero-Fente, sobre la *Relación de los primeros descubrimientos de F. Pizarro y D. de Almagro*; M. C. Martín Rubio, sobre las ediciones de la *Suma y narración de los Incas* de Betanzos; C. Fernández, sobre la segunda parte de la *Historia general llamada índica* de Sarmiento de Gamboa; L. López-Ocón, sobre las ediciones de Jiménez de la Espada de la obra de Cieza de León; L. Millones Figueroa,

sobre la preocupación editora de Cárdenas, Cieza y Ovalle; C. Bravo Guerreira sobre los criterios editoriales en las crónicas del área andina, y J. M. García Añoveros y C. Baciero, sobre la colección de textos de la denominada escuela de Salamanca que ha editado el CSIC. Por último, en el cuarto grupo, "Lecturas diversas de las crónicas: en el género disciplinar, el espacio y el tiempo", se incluyen las ponencias de R. Honores, sobre la relación del licenciado Polo; T. Alvarado, sobre el interés histórico, literario y religioso de la comedia de Ocaña sobre la Virgen de Guadalupe; A. Eichmann, sobre Ramos Gavilán y la religiosidad en el Perú colonial; C. Poupney Hart, sobre el discurso acerca de la tierra en Guatemala; N. Safier, sobre la reinterpretación francesa del inca Garcilaso, y E. Monge, sobre las *Noticias de Nootka* de Mociño. El volumen se cierra con una reflexión de Fermín del Pino en torno a las posibilidades de la actual coincidencia de antropólogos, filólogos e historiadores en el territorio de las crónicas de Indias.

Dentro de la heterogeneidad de las ponencias, se pueden entresacar tres temas que apuntan hacia tres posibles líneas de investigación en los estudios sobre crónicas de Indias: los textos indianos en sí mismos, los hechos que refieren y los contextos en que se escriben y leen. Dentro del primer nivel, destacan los aspectos propios de la labor de edición tales como análisis ecdóticos, criterios de fijación del texto y anotación, tratamiento de indigenismos y referencias clásicas, proyectos en marcha y planes de trabajo. En este sentido, como señala Del Pino, las consolidadas normas editoriales del GRISO, de la Universidad de Navarra, pueden ofrecer una "tabla de salvación" para quienes se adentran en este campo desde disciplinas ajenas a la filología. El análisis del estilo y la estructura de los textos permiten establecer los géneros discursivos de las crónicas (relaciones geográficas, de méritos y servicios, jurídicas, historias naturales, morales, verdaderas, etc.), superando su catalogación como meros productos "medievales", "humanistas" o de "literatura". Así, en las ponencias de Serés y Delgado se analizan, por un lado, las estrategias literarias empleadas por Díaz del Castillo para lograr su característica inmediatez narrativa y, por otro lado, su dependencia estructural de la crónica de Gómara sobre la conquista de México.

Al aproximarse a las crónicas de Indias como obras puramente literarias algunos autores han subestimado la intención con que fueron escritas. Salvo en aquellas entendidas por sus propios autores como literatura, la mayor parte de ellas buscaban comprender mejor y dar a conocer el mundo que les rodeaba y lo hacían, evidentemente, desde su propio horizonte cultural. Algo que han menospreciado quienes, tomando la postura contraria, se han acercado a las crónicas como si fueran simples fuentes primarias de información histórica. Los géneros discursivos vigentes en la época, así como los conflictos de intereses entre grupos sociales e individuos concretos, modelaron

no sólo la forma sino también el contenido factual de las crónicas. Las ponencias de Kohut, Arellano y Poupény-Hart son muy ilustrativas a este respecto. Estos trabajos abren vías de investigación que pasan por una mejor ubicación de las crónicas en el contexto de su producción y lectura.

Una característica común de muchas crónicas es la de su escritura con la vista puesta en cuestiones contemporáneas cuya solución resultaba de vital interés –a veces les iba literalmente la vida en ello– para los autores. En este sentido, el libro recoge más trabajos sobre el contexto sociopolítico peruano que sobre cualquier otro territorio. Dos casos significativos son las ponencias de Adorno sobre las censuras política y religiosa, y Millones Figueroa sobre la preocupación de Cieza y Ovalle por la edición de sus propios textos, que tratan temas tan delicados como las guerras del Perú y el avance de los jesuitas en América. Además, Rubio y Fernández plantean las diferentes versiones sobre la cultura incaica de Betanzos, Sarmiento y Polo como reflejo de enfrentamientos ideológicos (en torno al “lascasianismo”) y políticos (entre encomenderos y virreyes). Como reclaman varios de los ponentes, las conexiones históricas entre autores, grupos políticos e ideologías necesitan del estudio biográfico de los cronistas.

Junto a la influencia que la tradición literaria y el proceso de la Conquista ejercieron en la escritura de las crónicas, es importante destacar que éstas terminarían convirtiéndose en legados y símbolos históricos. Varias de las ponencias analizan la historia física de los manuscritos y las sucesivas relecturas de las crónicas mediante el análisis del proceso de su recuperación y edición. Concretamente, Safier aborda el tema de las exposiciones pre-museográficas y la edición de textos en el siglo XVIII; un ejemplo que podría alentar futuros estudios que aclaren cómo y por qué unos pocos textos, divulgados por toda Europa, formaron el canon de la historia “oficial” de América, con sus posturas *anti* y *pro* española.

Aunque he establecido una distinción entre textos, hechos y contextos, en la práctica casi todos los artículos tratan más de uno de esos niveles. Esta movilidad, que es inherente a cualquier análisis textual, puede resultar problemática en el caso de las crónicas de Indias, en las que se entremezclan varias tradiciones intelectuales. Hasta el momento muchos editores y críticos han tendido, por un lado, a primar todo lo relacionado con su especialidad, predisponiendo a una lectura sesgada del texto, y por otro, a manejar conceptos y datos de las otras disciplinas ya anticuados dentro de ellas. Sin embargo, un cierto “perspectivismo” resulta inevitable y hasta conveniente, ya que va unido a la toma de posición de cada editor (que es antes de editor lector) así como a los conocimientos específicos que cada texto requiere. El objetivo del Congreso era crear un marco de trabajo común. El siguiente paso dado por el GRISO ha sido la creación de

la Biblioteca Indiana, que cuenta con varias publicaciones y en la que se incluirán algunos de los proyectos tratados en este libro.

JULIÁN DÍEZ TORRES
Universidad de Navarra

MIGUEL ZUGASTI, *La alegoría de América en el Barroco hispánico: del arte efímero al teatro*. Pre-Textos, Valencia, 2005; 198 pp.

En un abrir y cerrar de ojos, los viajes trasatlánticos de Cristóbal Colón cambiaron radicalmente la idea europea de la configuración del mundo. Los primeros en enfrentar la nueva realidad fueron los cartógrafos, geógrafos y navegantes de la última década del siglo xv, que se esforzaban por determinar si aquella extensión de terreno era la costa oriental de Asia o si se trataba de una tierra diferente. Aunque ya algunos especialistas habían esgrimido argumentos a favor o en contra de las dos posibilidades (como se puede ver en los mapas de Juan de la Cosa o Nicolás de Caverio, que incluían el Nuevo Mundo como prolongación asiática, y las consideraciones de Pedro Mártir de Anglería, que, desde 1493, tenía sus dudas al respecto), Américo Vespucio fue el primero en otorgar el estatus de continente a esa desconocida cuarta parte del mundo. La opinión de Vespucio surgió gracias a los viajes que él mismo realizó al nuevo continente entre 1501 y 1504, en los que descubrió, tratando de regresar a Europa por el Índico, que “la costa se prolongaba más de lo esperado y llegaba a las regiones antárticas, sin dar con el anhelado paso” (p. 10). A partir de entonces, la concepción del Nuevo Mundo como terreno independiente y el nombre con el que hoy lo conocemos se difundió vertiginosamente por Europa, aunque los eruditos españoles continuaran reacios a llamarlo América durante algo más de un siglo.

La primera representación gráfica de América en el viejo continente se fue difundiendo mediante los cada vez más detallados mapas y estudios cartográficos y, paralelamente, se fue gestando una idea simbólica que englobaba diversos aspectos acerca de su naturaleza: “se estaba demarcando con esto una tierra específica, independiente del resto y con nombre propio. Asistimos al nacimiento de la idea de América, a su visualización y nominación; empieza a emerger lo que O’Gorman llamó con propiedad «la invención de América»” (p. 17). Sobre el desarrollo y la evolución de este proceso alegórico y su representación en las artes plásticas y el teatro de los Siglos de Oro trata el presente estudio, con el que Miguel Zugasti obtuvo el IV Premio Internacional de Crítica Literaria Amado Alonso, el 15 de junio de 2005.